

bian dejado, como habían sentido ir los Españoles; y pasado un Rio, que allí estaba mas adelante en lo Llano, los Enemigos comenzaron á reparar, y el Alguacil Mayor con los de Caballo rompió por ellos, y desbaratólos: y puestos en huyda tiraron su Camino derecho á su Pueblo de Matalcingo, que estaba cerca de tres leguas de allí: y en todas duró el alcance de los de Caballo fasta los encerrar en el Pueblo, y allí esperaron á los Españoles, y á nuestros Amigos, los quales venían matando en los que los de Caballo atajaban, y dejaban atras. Y en este alcance murieron mas de dos mil de los Enemigos, llegados los de Pie donde estaban los de Caballo, y nuestros Amigos, que pasaban de sesenta mil Hombres comenzaron á huir hacia el Pueblo, adonde los Enemigos hicieron rostro, en tanto que las Mujeres, y los Niños, y sus Haciendas se ponían en salvo en una Fuerza, que estaba en un Cerro muy alto, que estaba allí junto. Pero como dieron de golpe en ellos, hicieronlos tambien retraher á la Fuerza, que tenían en aquella altura, que era muy agra, y fuerte: y quemaron, y robaron el Pueblo en muy breve espacio, y como era tarde el Alguacil Mayor no quiso combatir la Fuerza, y tambien porque estaban muy cansados, porque todo aquel día habían peleado; los Enemigos toda la mas de la noche despendieron en dar alaridos, y hacer mucho estruendo de Atabales, y Bocinas.

Otro día de mañana el Alguacil Mayor con toda la Gente comenzó á guiar para subirles á los Enemigos aquella Fuerza, aunque con temor de se ver en trabajo en la resistencia, y llegados, no vieron Gente ninguna de los Contrarios; é ciertos Indios Amigos nuestros descendían de lo alto, y dijeron, que no había nadie, y que al quarto de el Alba se habían ido todos los Enemigos. Y estando así vieron por todos aquellos Llanos de la redonda mucha Gente, y eran los Otumies: é los de Caballo creyendo, que eran los Enemigos corrieron hacia ellos, y alanzaron tres, ó quatro; y como la Lengua de los Otumies es diferente de esta otra de

Cu-

Culúa, no los entendían, mas de como echaban las Armas y se venían para los Españoles: y todavía alancearon tres, ó quatro; pero ellos bien entendieron, que había sido por no los conocer. E como los Enemigos no esperaron, los Españoles acordaron de se volver por otro Pueblo suyo, que tambien estaba de Guerras; pero como vieron venir tanto poder sobre ellos, salieronle de paz; y el Alguacil mayor habló con el Señor de aquel Pueblo, y dijole, que ya sabía, que yo recibía con buena voluntad á todos los que se venían á ofrecer por Vafallos de Vuestra Magestad, aunque fuesen muy culpados: que le rogaba, que fuese á hablar con aquellos de Matalcingo, (1) para que se viniessen á mi: y profirióse de lo hacer así, y de traer de paz á los de Marinalco; y así se volvió el Alguacil Mayor con esta Victoria á su Real. E aquel día algunos Españoles estaban peleando en la Ciudad, y los Ciudadanos habían embiado á decir, que fuese allá nuestra Lengua, porque querían hablar sobre la Paz: la qual, segun pareció, ellos no querían sino con condicion, que nos fuessemos de toda la Tierra: lo qual hicieron á fin que los dejassemos algunos días descansar, y fornecerse de lo que habían menester, aunque nunca de ellos alcanzamos, dejar de tener voluntad de pelear siempre con nosotros; y estando así platicando con la Lengua muy cerca los Nuestros de los Enemigos, que no había sino una Puente quitada en medio, un Viejo de ellos, allí á vista de todos, sacó de su Mochila, (2) muy de espacio, ciertas cosas, que comió, por nos dar á entender, que no tenían necesidad, porque nosotros les decíamos, que allí se habían de morir de hambre; y nuestros Amigos decían á los Españoles, que aquellas Paces eran falsas, que peleassen con ellos: y aquel día no se peleó mas, porque los Principales dijeron á la Lengua, que me hablasse.

Dende á quatro días, que el Alguacil Mayor vino de la Provincia de Matalcingo, los Señores de ella, y de Marinalco, y de la Provincia de Cuiseon, que es grande, y

BBBB

mu-

(1) Matalcingo.

(2) Mochila segun Cobarrubias se llama la Taleguilla, en que el Soldado lleva su Refresco, ó su Ropa.

mucha cosa, y estaban tambien rebelados, vinieron á nuestro Real, y pidieron perdon de lo pasado, y ofrecieronse de servir muy bien: y así lo hicieron, y han hecho hasta ahora.

XXXIV. Embissen de noche los Mexicanos el Campo de Pedro de Alvarado, y resistidos, se vuelven á la Ciudad. Resuelve Cortés derribar quanto ganasse en ella.

En tanto que el Alguacil Mayor fue á Matalcingo, los de la Ciudad acordaron de salir de noche, y dar en el Real de Alvarado: y al quarto del Alba dan de golpe. E como las Velas de Caballo, y de Pie lo sintieron, apellidaron de llamar *al Arma*: y los que allí estaban atremetieron á ellos; y como los Enemigos sintieron los de Caballo, echaronse al Agua; y en tanto llegan los nuestros, y pelearon mas de tres horas con ellos: y nosotros oimos en nuestro Real un Tiro de Campo, que tiraba, y como teníamos recelo, no los desbaratassen, yo mandé armar la Gente para entrar por la Ciudad, para que aslojassen en el combate de Alvarado; y como los Indios hallaron tan recios á los Españoles, acordaron de se volver á su Ciudad: y nosotros aquel día fuimos á pelear á la Ciudad.

En esta fazon, ya los que habíamos salido heridos del desbarato, estábamos buenos, y á la Villa Rica había aportado un Navio de Juan Ponce de Leon, que habían desbaratado en la Tierra, ó Isla Florida: y los de la Villa embiaronme cierta Pólvora, y Ballestas, de que teníamos muy estrema necesidad: y ya, gracias á Dios, por aquí á la redonda no teníamos Tierra, que no fuese en nuestro favor; y yo, viendo como estos de la Ciudad estaban tan rebeldes, y con la mayor muestra, y determinacion de morir, que nunca Generacion tubo, (1) no había qué medio tener con ellos, para quitarnos á nosotros de tantos peligros, y trabajos, y á ellos, y á su Ciudad no los acabar de destruir, porque era la mas hermosa cosa del Mundo: y

(1) Por esto se dijo con verdad, que los Indios estuvieron tan pertinaces en entregarse como los Judios en Jerusalem, pues así como Tito Hijo de Vespasiano propuso muchas veces la Paz á los Judios, y la despreciaron, lo mismo executaron los Indios con Cortés: la Hambre, Peste, y Cuchillo todo recayó sobre los miserables Indios, mas no creo que pueda afirmarse, que murieron un millon, y cien mil Personas, que se refiero de el Sitio de Jerusalem, pero es muy verosimil que sucediese.

no nos aprovechaba decirles, que no habíamos de levantar los Reales, ni los Bergantines habían de cesar de les dar Guerra por el Agua, ni que habíamos destruído á los de Matalcingo, y Marinalco, y que no tenían en toda la Tierra quien los pudiesse socorrer, ni tenían de donde haber Maiz, ni Carne, ni Frutas, ni Agua, ni otra cosa de mantenimiento. E quanto mas de estas cosas les decíamos, menos muestra víamos en ellos de flaqueza: mas antes en el pelear, y en todos sus ardidés, los hallabamos con mas ánimo, que nunca. E yo, viendo que el negocio pasaba de esta manera, y que había ya mas de quarenta y cinco días que estábamos en el Cerco, acordé de tomar un medio para nuestra seguridad, y para poder mas estrechar á los Enemigos; y fue, que como fuésemos ganando por las Calles, de la Ciudad, que fuesen derrocando todas las Casas de ellas, del un lado, y del otro; por manera, que no fuésemos un palo adelante, sin lo dejar todo asolado, y lo que era Agua, hacerlo Tierra firme, aunque hobiesse toda la dilacion, que se pudiesse seguir. E para esto yo llamé á todos los Señores, y Principales nuestros Amigos, y dijeles lo que tenía acordado: por tanto, que hiciesen venir mucha Gente de sus Labradores, y trujessen sus Coas, que son unos Palos, de que se aprovechan tanto como los Cavadores en España de Azada; y ellos me respondieron, que así lo harían de muy buena voluntad, y que era muy buen acuerdo: y holgaron mucho con esto, porque les pareció, que era manera, para que la Ciudad se asolasse; (1) lo qual todos ellos deseaban mas que cosa del Mundo.

Entre tanto que esto se concertaba, pasaronse tres, ó quatro días: los de la Ciudad bien pensaron que ordenábamos algunos ardidés contra ellos; y ellos tambien, segun despues pareció, ordenaban lo que podían para su defensa, segun que tambien lo barruntabamos. (2) E concertado con nuestros Amigos, que por la Tierra, y por la Mar

BBBBz

los

(1) Así se executó, porque no se vé hoy en México rastro de el Gentilismo, y todos sus Edificios fueron asolados.

(2) Barruntar es imaginar, ó conjeturar, y segun la Ley 11. tit. 26. partida 2. se llaman Barruntes á las Espías.

los habíamos de ir á combatir, otro día de mañana, después de haber (1) oído Misa, tomamos el camino para la Ciudad: y en llegando al paso del Agua, y Albarrada, que estaba cabe las Casas grandes de la Plaza, queriendo la combatir, los de la Ciudad dijeron, que estubiessemos quedos, que querían paz: y yo mandé á la Gente, que no peleasse, y dijeles, que viniesse allí el Señor de la Ciudad á me hablar, y que se daría orden en la Paz: y con decirme, que ya le habían ido á llamar, me detubieron mas de una hora; porque en la verdad ellos no habían gana de la Paz, y así lo mostraron, porque luego, estando nosotros quedos, nos comenzaron á tirar Flechas, y Varas, y Piedras. E como yo ví esto, comenzamos á combatir el Albarrada, y ganamosla; y en entrando en la Plaza, hallamosla toda sembrada de Piedras grandes, porque los Caballos no podían correr por ella, porque por lo firme estos son los que les hacen la Guerra, y hallamos una Calle cerrada con Piedra feca, y otra también llena de Piedras, porque los Caballos no podían correr por ellas. E desde este día en adelante cegamos de tal manera aquella Calle del Agua, que salía de la Plaza, que nunca después los Indios la abrieron: y de allí adelante comenzamos á asolar poco á poco las Casas, y cerrar, y cegar, muy bien lo que teníamos ganado del Agua; y como aquel día llevamos mas de ciento y cincuenta mil Hombres de Guerra, hizose mucha cosa: y así nos volvimos aquel día al Real, y los Bergantines, y Canoas de nuestros Amigos hicieron mucho daño en la Ciudad, y volvieronse á reposar.

Otro día siguiente, por la misma orden, entramos en la Ciudad: y llegados á aquel circuito, y Patio grande, (2) donde están las Torres de los Indios, yo mandé

(1) Quando el Señor de los Señores habitaba en el Campo: *Arca Dei habitat in Papilionibus*; y ni aun Tiendas de Campaña tenía Cortés, nunca se olvidó de que el principio de todo había de ser de Dios.

(2) Este Patio grande, ó Plazuela era tan capaz, que se refiere por los Historiadores, que en las festividades Gentílicas cabían en ella diez mil Personas celebrando sus Danzas, que llamaban Mythotes.

de á los Capitanes, que con su Gente no hiciesen sino cegar las Calles de Agua, y allanar los pasos malos, que teníamos ganados, y que nuestros Amigos, de ellos quemassen, y allanassen las Casas, y otros fuesen á pelear por las partes que solíamos, y que los de Caballo guardassen á todos las espaldas. E yo me subí en una Torre mas alta de aquellas, porque los Indios me conocían, y sabía que les pesaba mucho de verme subido en la Torre: y de allí animaba á nuestros Amigos, y haciales socorrer, quando era necesario, porque como peleaban á la continua, á veces los Contrarios se retrahían, y á veces los nuestros, los cuales luego eran socorridos con tres, ó quatro de Caballo, que les ponían infinito ánimo, para revolver sobre los Enemigos; y de esta manera, y por esta orden entramos en la Ciudad cinco, ó seis días arreo, y siempre al retraher echábamos á nuestros Amigos delante, y hacíamos á algunos de los Españoles se metiesen en celada en unas Casas, y los de Caballo quedábamos atrás, y hacíamos que nos retrahíamos de golpe, por sacarlos á la Plaza. Y con esto, y con las celadas de los Peones cada tarde alanceábamos algunos: y un día de estos había en la Plaza siete, ó ocho de Caballo, y estubieron esperando, que los Enemigos saliesen: y como vieron que no salían, hicieron que se volvían: y los Enemigos, con recelo que á la vuelta no los alanceassen, como solían, estaban puestos por unas Paredes, y Azoteas, y había infinito número de ellos; y como los de Caballo revolvián tras ellos, que eran ocho, ó nueve, y ellos les tenían tomada de lo alto una boca de la Calle, no pudieron seguir tras los Enemigos, que iban por ella, y hubieronse de retraher. E los Enemigos, con favor de como los habían hecho retraher, venían muy encarnizados, y ellos estaban tan sobre aviso, que se acogían, donde no recibían daño, y los de Caballo lo recibían de los que estaban puestos en las Paredes, y hubieronse de retraher, é hirieron dos Caballos: lo qual me dió ocasión para les ordenar una buena celada, como adelante haré relación á Vuestra Magestad; y aquel día en la tarde nos volvimos á nuestro Real, con dejar bien seguro, y llano todo lo ganado, y á los de la Ciudad muy ufanos, porque

que creían, que de temor nos retrahíamos. E aquella tarde hice un Mensajero al Alguacil Mayor, para que antes del día viniessse allí á nuestro Real con quince de Caballo de los suyos, y de los de Pedro de Alvarado.

XXXV. Afu-
cia de Cortés,
con que murió
gran cantidad
de Indios. Se-
pultura rica q
hallaren los Es-
pañoles.

Otro día por la mañana llegó al Real el Alguacil Mayor con los quince de Caballo, y yo tenía de los de Cuyoacan allí otros veinte y cinco, que eran quarenta: y á diez de ellos mandé, que luego por la mañana saliesse con toda la otra Gente, y que ellos, y los Bergantines fuerse por la orden pasada á combatir, y á derrocar, y ganar todo lo que pudiesse; porque yo, quando fuesse tiempo de retraherse, iría allá con los otros treinta de Caballo; y que pues sabían que teníamos mucha parte de la Ciudad allanada, que quanto pudiesse, siguiessen de tropé á los Enemigos, hasta los encerrar en sus Fuerzas, y Calles de Agua, y que allí se detubiesse con ellos, hasta que fuesse hora de retraher. E yo, y los otros treinta de Caballo, sin ser vistos, pudiessemos meternos en la celada, en unas Casas grandes, que estaban cerca de las otras grandes de la Plaza: y los Españoles lo hicieron como yo les avisé; y á la una hora, despues de medio día, tomé el camino para la Ciudad con los treinta de Caballo: y allegados, dejélos metidos en aquellas Casas, y yo me fui, y me subí en la Torre Alta, como solía, y estando allí unos Españoles, abrieron una Sepultura, y hallaron en ella, en cosas de Oro, mas de mil y quinientos Castellanos; y venida ya la hora de retraher, mandéles, que con mucho concierto se comenzassen de retraher, y que los de Caballo, desque estubiesse retrahidos en la Plaza, hiciesse que acometian, y que no osaban llegar: y esto se hizo, quando viessen mucha copia de Gente al rededor de la Plaza, y en ella; y los de la celada estaban ya deseando que se llegasse la hora, porque tenían deseo de hacerlo bien, y estaban ya cansados de esperar: y yo metíme con ellos, y ya se venían retrahiendo por la Plaza los Españoles de Pie, y de Caballo, y los Indios nuestros Amigos, que habían entendido ya lo de la celada; y los Enemigos venían con tantos alaridos, que parecía que con-

que

CCCC

seguián toda la Victoria del Mundo; y los nueve de Caballo hicieron que arremetian tras ellos por la Plaza adelante, y retrahianse de golpe; y como hobieron hecho esto dos veces, los Enemigos trahían tanto furor, que á las ancas de los Caballos les venían dando, hasta los meter por la boca de la Calle, donde estabamos la celada. E como vimos á los Españoles pasar adelante de nosotros, y oimos soltar un tiro de Escopeta, que teníamos por señal, conocimos, que era tiempo de salir: y con el Apellido de Señor Santiago, (1) damos de súbito sobre ellos, y vamos por la Plaza adelante alanceando, y derrocando, y atajando muchos, que por nuestros Amigos, que nos seguían, eran tomados; de manera, que de esta celada se mataron mas de quinientos, todos los mas Principales, y esforzados, y valientes Hombres: y aquella noche tubieron bien que cenar nuestros Amigos, porque todos los que se mataron, tomaron, y llevaron hechos piezas para comer. Fue tanto el espanto, y admiracion que tomaron en verse tan de súbito así desbaratados, que ni hablaron, ni gritaron en toda esta tarde, ni osaron asomar en Calle, ni en Azotea, donde no estubiesse muy á su salvo, y seguros. E ya que era casi noche, que nos retrahíamos, parece que los de la Ciudad mandaron á ciertos Esclavos (2) suyos, que mirassen si nos retrahíamos, ó qué hacíamos. E como se asomaron por una Calle, arremetieron diez, ó doce de Caballo, y siguiéronlos de manera, que ninguno se les escapó. Cobraron de esta nuestra Victoria los Enemigos tanto temor, que nunca mas en todo el tiempo de la Guerra osaron entrar en la Plaza ninguna vez que nos retrahíamos, aunque solo uno de Caballo no mas viniessse, y nunca osaron salir á Indio, ni á Peon de los nuestros, creyendo, que de entre los pies se les había de levantar otra celada. Y esta de este día,

CCCCz

dia

(1) Santiago como Protector de España fue el que defendió á los suyos.

(2) La Servidumbre es de Detecho de Gentes secundario, supuestas las Guerras, y ambicion de los Hombres, y así la introduxeron los Mexicanos.

(3)

día, y Victoria que Dios nuestro Señor nos dió, fue bien principal causa para que la Ciudad mas presto se ganasse, porque los Naturales de ella recibieron mucho desmayo, y nuestros Amigos doblado ánimo; y así nos fuimos á nuestro Real, con intencion de dar mucha prisa en hacer la Guerra, y no dejar de entrar ningun día, hasta la acabar. E aquel día ningun peligro hubo en los de nuestro Real, excepto que al tiempo que salimos de la celada, se encontraron unos de Caballo, y cayó uno de una Yegua, y ella fuese derecha á los Enemigos, los quales la flecharon, y bien herida, como vió la mala obra que recibia, se volvió hacia nosotros, (1) y aquella noche se murió: y aunque nos pesó mucho, porque los Caballos, y Yeguas nos daban la vida, no fue tanto el pesar, como si muriera en poder de los Enemigos, como pensamos que de hecho pasara; porque si así fuera, ellos hubieran mas placer, que no pesar, por los que les matabamos: los Bergantines, y las Canoas de nuestros Amigos hicieron grande estrago en la Ciudad aquel día, sin recibir peligro alguno.

XXXVI. Entra Cortés al amanecer en la Ciudad, y hace gran daño á los Mexicanos, matando, y prendiendo muchos. Toma toda la Calle de Tacuba, quema las Casas de Guatemotzin, y derriba otras.

Como ya conocimos, que los Indios de la Ciudad estaban muy amedrentados, supimos de unos dos de ellos de poca manera, (2) que de noche se habian salido de la Ciudad, y se habian venido á nuestro Real, que se morían de hambre, que salían de noche á pelear por entre las Casas de la Ciudad, y andaban por la parte, que de ella les teníamos ganada, buscando Leña, y Hierbas, y Raices, que comer. E porque ya temíamos muchas Calles de Agua cegadas, y aderezados muchos malos pasos, acordé de entrar al quarto del Alba, y hacer todo el daño que pudicémos. E los Bergantines, salieron antes del día, y yo con doce, ó quince de

(1) El Instinto de los Caballos, y Yeguas es tan grande, que se puede tener por el más vivo después de el de los Elephantes, de los que, y de los Caballos se refieren cosas maravillosas, particularmente en el reconocimiento á sus Dueños, y no querer admitir á los extraños.

(2) Personas de poca importancia.

Caballo, y ciertos Peones, y Amigos nuestros, entramos de golpe, y primero pusimos ciertas espías, las quales siendo de día, estando nosotros en celada, nos hicieron señal, que saliésemos, y dimos sobre infinita Gente; pero como eran de aquellos mas miserables, y que salían á buscar de comer, los mas venían desarmados, y eran Mugerés, y Muchachos; é hicimos tanto daño en ellos, por todo lo que se podía andar de la Ciudad, que presos, y muertos pasaron de mas de ochocientas Personas; é los Bergantines tomaron tambien mucha Gente, y Canoas, que andaban pescando, y hicieron en ellas mucho estrago. E como los Capitanes, y Principales de la Ciudad nos vieron andar por ella á hora no acostumbrada, quedaron tan espantados como de la celada pasada, y ninguno osó salir á pelear con nosotros, y así nos volvimos á nuestro Real con harta presa, y manjar para nuestros Amigos.

Otro día de mañana tornamos á entrar en la Ciudad: y como ya nuestros Amigos veían la buena orden que llevabamos para la destruccion de ella, era tanta la multitud que de cada día venían, que no tenían cuento. E aquel día acabamos de ganar toda la Calle de Tacuba, y de adobar los malos pasos de ella: en tal manera, que los de el Real de Pedro de Albarado se podían comunicar con nosotros por la Ciudad; é por la Calle principal, que iba al Mercado, se ganaron otras dos Puentes, y se cegó muy bien el Agua, y quemamos las Casas de el Señor de la Ciudad, que era Mancebo de edad de diez, y ocho años, que se decía Guatimucin (1) que era el segundo Señor despues de la muerte de Mutezuma: y en estas Casas tenían los Indios mucha fortaleza, porque eran muy grandes, y fuertes, y cercadas de Agua. Tambien se ganaron otras dos Puentes de otras Calles, que van cerca de esta de el Mercado, y se cegaron muchos pasos: de manera, que de quatro partes

DDDD

tes

(1) Quatecmotzin, Véase la Serie de el Imperio Mexicano.

tes de la Ciudad las tres estaban ya por nosotros, y los Indios no hacian sino retraherse hacia lo mas fuerte, que era á las Casas, que estaban mas metidas en el Agua.

Otro día siguiente, que fue día de el Apóstol Santiago, entramos en la Ciudad por la orden que antes, y seguimos por la Calle grande, (1) que iba á dar al Mercado: y ganamosles una Calle muy ancha de Agua, en que ellos pensaban, que tenían mucha seguridad, y aunque se tardó gran rato, y fue peligrosa de ganar, y en todo este día no se pudo, como era muy ancha, de acabar de cegar: por manera, que los de Caballo pudiesen pasar de la otra parte. E como estábamos todos á Pie, y los Indios veían, que los de Caballo no habían pasado, vinieron de refresco sobre nosotros, muchos de ellos muy lucidos: y como les hicimos rostro, y teníamos muchos Ballesteros, dieron la vuelta á sus Albaradas, y Fuerzas, que tenían aunque fueron hartos asacreados. E demas de esto, todos los Españoles de Pie llevaban sus Picas, las cuales yo había mandado hacer despues, que me desbarataron, que fue cosa muy provechosa. Aquel día por los lados de la una parte, y de la otra de aquella Calle principal no se entendió sino en quemar, y hallar Casas, que era lástima cierto de lo ver; pero como no nos convenia hacer otra cosa, eranos forzado seguir aquella orden. Los de la Ciudad como veían tanto estrago, por esforzarse, decían á nuestros Amigos, que no ficiessen sino quemar, y destruir, que ellos se las harían tornar á hacer de nuevo, porque si ellos eran vencedores, ya ellos sabían, que había de ser así, y si no, que las habían de hacer para nosotros: y de esto postrero plugo á Dios, que salieron verdaderos, aunque ellos son los que las tornan á hacer.

Otro

(1) Esta Calle grande, que iba á el Mercado de Tlatelulco, es en mi juicio, la que sigue por S. Francisco junto á la Azequia principal hasta la Plaza de Santiago Tlatelulco en derechura, y en medio está la Parroquia de nuestra Señora de la Redonda.

Otro día luego de mañana entramos en la Ciudad por la orden acostumbrada, y llegados á la Calle de Agua, que habíamos cegado el día antes, fallamosla de la manera, que la habíamos dejado: y pasamos adelante dos tiros de Ballesta, y ganamos dos Azequias grandes de Agua, que tenían rompidas en lo fano de la misma Calle, y llegamos á una Torre pequeña de sus Idolos, y en ella hallamos ciertas cabezas de los Christianos, que nos habían muerto, que nos pusieron harta lástima. E dende aquella Torre iba la Calle derecha, que era la misma adonde estábamos á dar á la Calzada de el Real de Sandoval; é á la mano izquierda iba otra Calle á dar al Mercado, en la qual ya no había Agua ninguna, excepto una que nos defendían, y aquel día no pasamos de allí; pero peleamos mucho con los Indios. E como Dios nuestro Señor cada día nos daba Victoria, ellos siempre llevaban lo peor: y aquel día ya que era tarde, nos bolvimos al Real.

Otro día siguiente estando aderezando para bolver á entrar en la Ciudad á las nueve horas del día, vimos de nuestro Real salir humo de dos Torres muy altas, que estaban en el Tatebulco, (1) ó Mercado de la Ciudad, que no podíamos pensar, que fuesse, y como parecía, que era mas que saunerios, que acostumbran los Indios á hacer á sus Idolos, barruntamos, que la Gente de Pedro de Albarado había llegado allí, y aunque así era la verdad, no lo podíamos creer. E cierto aquel día Pedro de Albarado, (2) y su Gente lo hicieron valientemente, porque teníamos muchas Puentes, y Albaradas de ganar, y siempre acudían á las defender toda la mas parte de la Ciudad. Pero como él vió, que por nuestra Estancia íbamos estrechando á los Enemigos, trajo

DDDD2

bajó

(1) En Tlatelulco.
(2) Este Pedro de Albarado, de que se ha hablado antes, fue insigne en todas sus acciones, y aun se conserva el nombre de el Salto de Albarado, que fue á la entrada de la Traspasa, donde saltó la Azequia muy ancha, estirivando sobre la Lana.

XXXVII. Entran peleando los Españoles en la Ciudad muchas veces. Llega Pedro de Albarado al Mercado, y conociendolo desde su Real, va Cortés á él; y lo que respondian los Mexicanos, quando se les proponia Paz.